

Alfonso Colodrón

Quiéreme libre,  
déjame ser

Desclée De Brouwer



GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE CULTURA

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

© Alfonso Colodrón, 2010

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2010

C/ Henao, 6 – 48009 BILBAO

[www.edesclée.com](http://www.edesclée.com)

[info@edesclée.com](mailto:info@edesclée.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –[www.cedro.org](http://www.cedro.org)–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Impreso en España – Printed in Spain*

ISBN: 978-84-330-2454-1

Depósito Legal: BI-2928/10

Impresión: RGM, S.A. – Urduliz

*A Elvira, Pablo, Araceli, Montse, Bárbara, Marisa, Pilar, Denyse, Thomas, Dafne, Willy, Elisa, Nalina, Bakti, Uparati, Adya e Isabel, y a todas las mujeres y hombres, consultantes o participantes de mis talleres, de los que he aprendido tanto como hayan podido ellas y ellos aprender de mí.*

*A Feliciano García, directora de la revista Espacio Humano, en cuyas páginas he podido ir reflexionando durante años y “en voz alta” sobre todas las cuestiones expuestas en este libro.*

*A Elena Carlota, que ha tenido la paciencia de corregir, coma a coma, todo el manuscrito, reorganizar la bibliografía y animarme a cerrar capítulos y a abrir otros nuevos.*

*A José María Torres Morenilla, prologuista oficial de todos mis libros, por su originalidad, profundidad y fidelidad.*



# Índice

Prólogo . . . . .	11
Introducción . . . . .	15
1. El patriarca herido o ¿qué pasa hoy con los hombres? . . . . .	23
2. Lo femenino y lo masculino plural . . . . .	35
3. Me gustan las mujeres, pero ¿soy gay? . . . . .	45
4. Te envidio, pero la tengo más grande . . . . .	55
5. Ser hombre también es duro. Machismo y clases sociales . . . . .	71
6. El hombre nuevo frente al machismo sutil . . . . .	85
7. ¿Por qué no tengo pareja? ¿Qué hacer para conseguirla? . . . . .	97
8. Cuando mujeres y hombres se descubren o ¿qué hacemos cuando nos encontramos. . . . .	111
9. Arquetipos y modelos masculinos . . . . .	123

QUIÉREME LIBRE, DÉJAME SER

10. Arquetipos y modelos femeninos . . . . .	135
11. Las gafas del enamoramiento se empañan, o comer perdices cada día indigesta . . . . .	145
12. El amor es un camino. Recursos en clave de sentido común .	157
Epílogo . . . . .	169
Bibliografía . . . . .	175

## Prólogo

Los humanos son impredecibles. Recuerdo el primer día que los vi en la dehesa. El más viejo de todos, el Mayoral, era un hombre astuto, como dicen los hombres, curtido por el sol. Su rostro oscuro e hirsuto estaba marcado por unas indelebles líneas llenas de sombras; sus manos, poderosas, cogían con decisión la garrocha y montaba a caballo con soltura, aunque con una ligera inclinación de su cuerpo hacia el lado izquierdo. Resonaban los cueros de su ropaje y su sola presencia nos aterraba, nos paralizaba de miedo a todos: desde el pacífico semental que pastoreaba manso entre las hembras, a mis hermanos de cuna, todavía erales, con apenas dos yerbas, como oíamos decir en aquellos campos.

Aquellos campos... –mi alma me lleva a un país de ensueño–... vastos, enormes, tenían sus montes rubios, salpicados de encinas, más extensos, de manera que la vista se perdía en la planicie... Los llanos que llenaba la primavera de toda clase de confituras vegetales hasta la fronda de un riachuelo donde bajábamos a beber, a jugar en las tardes primaverales a hacer el amor, perdidos entre los matojos, donde nos abroncábamos por un “quítame allá esas pajas” y donde nos recostábamos agazapados y alertas mientras el arroyo canturreaba la suave canción del agua. Eran idílicos, si esa palabra no tuviera un contenido huma-

no más que divino, porque digan lo que digan esos tozudos animales que se llaman hombres, si hay un ser divino es más propiamente el toro. Yo soy un toro. Soy un ser libre y defiendo mi libertad con mi vida, desde la misma cuna, entre mis propios hermanos y ante cualquiera que lo ponga en duda.

No quiero reseñar con argumentos fáciles las perrerías que desde el principio me hicieron los hombrecitos; ponerme a fuego los yerros de mi dueño en edad tan corta fue de las primeras cosas que me hizo odiar a los que andan erguidos y el anticipo de la suerte de vida que para mí querían esos señores. Sin embargo, yo me sentí libre también en muchas horas, libre u olvidado, como esos pueblos de hombres que, aunque sean esclavos marcados también a yerro, tienen sus momentos grandes, sus tiempos de olvido, con el regalo que la Naturaleza nos da a todos los seres vivientes. La Naturaleza, el Dios de los hombres, ésta sí que es grande, magnífica, sin límites para nosotros; más aún, en el cielo la pueblan millones y millones de poderosas luminarias, como el Sol, mi amigo de siempre, aunque queme el condenado en la canícula y se alíe con las moscas cojoneras, más importunas que los chistes de mis hermanos. En las noches estrelladas, recostado en la pequeña altura que buscamos los toros para dormir, miro el cielo tan oscuro como mis ojos, tan inmenso, y un escalofrío me recorre por el lomo... ese monte mío que la pica y las banderillas harán sangrar sin misericordia, para que me “refresque la sangre” dirán los chistosos hombres a los que busco los pies pues nunca me gustaron los chistes malos. Cuando cierro mis ojos, ese universo de fuera está dentro de mí, con los fulgores rojos del horizonte también ya sin sol y me acoge y me hace soñar, mientras la Naturaleza vigila mi vida, afanada en mis entrañas, haciendo latir mi corazón, defendiéndome de los enanos invasores, llevando alimento a mis células, cargando mis testículos del semen que portan mis genes. Igualmente con pesadi-

llas, ya que esta sabiduría natural es incomprensible también para nosotros los animales que vivimos a pelo, como lo es el dolor, otra de las armas que nos defiende y que, para un espíritu puro como el mío, es la señal de alerta para que el gobernante de mi centro vital se ponga en guardia ante el mal: el dolor es un lenguaje entre los dioses.

Estoy aquí en medio de una fiesta. Suena la música, las gentes hablan, gritan, hay un rumor sordo, ensangrentado, mucho sol... y todo es redondo como una mala copla, todo cerrado como un mal tiempo, todo extraño como un pueblo extranjero. ¡Dios mío qué cosa tan abominable es esta! Mujo con un bramido desgarrador. Estoy tan mal que hasta llamo a mis hermanos, esos niñatos de más de cuatro yerbas que tan mal me lo hicieron pasar en ocasiones... Está el Mayoral, apostado en el callejón, tras su burladero; anota algo en su libretita. Ese mugido le puede costar a mi madre ser llevada al matadero, porque le atribuyen signo de mansedumbre. ¡Por Dios! Es el mugido entrañable por la libertad, por mi ser. Es el grito de mi centro vital que busca los campos por donde trotar de verdad, por donde llegar a mi soledad en medio de la vida. Me tienen acorralado, encerrado, se cuentan por millares los espectadores y me producen pánico los guiños del sol en los trajes de colorines de los toreros, que me hablan, que me empujan, que me enseñan unos trapos rojos a los que acometo sabiendo que no están vivos, que no huelen a nada; pero mi irrefrenable instinto los sigue como si fuera el vientre de un enemigo: No me gusta ser tan tonto como para ir en contra de un trapo, pero no puedo dejar de ser un toro, y un toro importunado tiene que acometer, aunque sea a un trapajo, como los humanos políticos han de contestar a sus enemigos y entrar al trapo en cosas que no les van, entre otras la pureza de su madre. Los toreros me provocan llamándome ¡hijo de puta! con sus trapos rojos.

El torero se perfila con su espada de verdad, la que tiene peso. Sé que va a por mí como aquel grandote de mi hermano mayor en una mala tarde de moscas cojoneras. La misma mirada de la muerte. Y sé que ese tío me va a matar, que lo soñé en mis noches veraniegas, cuando despertaba sudoroso y bufaba de miedo. Los terrores nocturnos también son el futuro, y el futuro pocas veces se presenta con las cosas que nos gustan. Pocas hembras monté y si lo hice fue cuando nos agrupaban en los apartados y aprovechábamos el pánico de ellas para subirnos furtivamente a sus lomos. Me moriré sin gozarlas y nadie sabe mejor que un toro la dulzura que emana de los cuartos traseros de una vaca, que largamente aspiran embelesados nuestros afortunados toros viejos de seis o más años. Olor tan vasto como el campo de mi dehesa, como el verde prado lleno de yerbas, para recordar luego, para rumiar pacíficamente los recuerdos amorosos.

La libertad se vive y también se recuerda en libertad. La Libertad es la Alegría y así lo tuvo que decir Schiller en su himno azuzado por la censura. Por tanto, menos Alegría y menos Fiesta, ¡dame la auténtica Libertad, déjame Ser!

*José María Torres Morenilla*

## Introducción

*“La vida de todo hombre es un camino hacia sí mismo,  
la tentativa de un camino, la huella de un sendero”*

Hermann Hesse

El título de este libro se lo debo a un grafitero. ¿O era una grafitera? ¡*Quiéreme libre, déjame ser!* Dos frases contundentes, escritas bien visibles en una calle céntrica de Madrid. Estaba a punto de estallar la primavera. Una cabeza femenina, pintada en la fachada de una casa como un cómic, “gritaba” a todo pulmón este deseo. Como si ya no aguantara la prisión que podría haberle supuesto el largo y frío invierno que ya terminaba. Tal vez el largo y oscuro invierno de los últimos meses o años de una relación de pareja.

Podría haber sido una cabeza masculina, ya que se atribuye más a los hombres la lucha por conseguir la libertad absoluta, por liberarse de compromisos familiares y de tareas rutinarias. Como si la vida girase alrededor de un ideal inalcanzable: la libertad en lo alto de la cima de una montaña que nunca se acabaría de escalar. Muchos se traicionan en el camino, tal vez porque temen la auténtica libertad. Y los pocos que llegan a la cima

se dan cuenta de que la auténtica libertad consiste en elegir con quién compartirla y no en convertirse en misántropos eremitas o misóginos resentidos.

Por otro lado, podrían ser las mujeres las que necesitarían ser ellas mismas, totalmente ellas, por encima del deseo y de las proyecciones de sus respectivos padres y madres. Más allá de las expectativas y necesidades de sus parejas. Ser sin tener que traicionar lo que sienten en el fondo de sí mismas para conseguir ser aceptadas, deseadas y queridas. Un precio demasiado alto por el que acaban pagando una elevada factura.

Pero hoy día las fronteras y los límites entre hombres y mujeres se desdibujan en muchas áreas de la vida, y también en estas dos importantes cuestiones de la libertad y del ser. O del ser en libertad. Ya se sea hombre o mujer, el verdadero amor no se pide, se da. Y la libertad no se mendiga, se ejerce. Quien pide amor está estableciendo en el fondo un contrato de intercambio de necesidades. No está compartiéndose de antemano desde un estado de abundancia. Y el estado de carencia y necesidad es todo lo contrario del estado de amor. Ese estado que se caracteriza por el desbordamiento continuo que rezuma energía, alegría, entusiasmo y armonía por los cuatro costados. Y casi todos conocemos esos momentos amorosos, que a veces tiene que ver con el enamorarnos de una persona sobre la que proyectamos el conjunto de todas las cualidades y bondades. En otras ocasiones, no es estrictamente un enamoramiento, sino un estado de plenitud amorosa sin objeto definido: la sonrisa de un bebé, una puesta de sol, el gorjeo de los pájaros en un amanecer otoñal...

Por ello, estuve a punto de cambiar el título de este libro. De la tesis inicial, pasé a la antítesis: *Quiéreme libre tal como soy*. Y de la antítesis a la síntesis: *Te quiero libre tal como eres*. Pero ello suponía saltar etapas, llegar a la conclusión antes de expo-

ner la cuestión, cerrar el proceso antes de llevarlo a cabo, llegar a la meta sin haber dado un paso para pasar la línea de salida. Así, que vuelvo al punto de partida, dejando esta petición en forma de grito *¡quíereme libre, déjame ser!* como una posición ante la vida, ante la vida en pareja, pero que podría entenderse como un derecho en cualquier tipo de relación familiar o de cualquier clase.

Personalmente crecí en una familia de ocho hombres y cuatro mujeres: mi padre, seis hermanos y yo; mi madre y tres hermanas. Cuando nací, todas las pautas familiares estaban ya establecidas, pues fui el sexto. El mundo, el universo entero, era coherente dentro de una visión familiar unívoca. En ella quedaban integrados de alguna manera los sistemas familiares de la rama paterna –castellana de pura cepa– y de la rama materna –mezcla de valores chinos, filipinos y aragoneses–. Tal vez, el punto de unión de tan variopintos antecedentes y de tan diferentes ancestros fuera, durante mucho tiempo, la fe y la moral católicas firmemente enraizadas en mis abuelos, tíos y tías y en mis propios padres. Eran otros tiempos y la fe movía montañas. Las montañas psicológicas, económicas y sociales que separan hoy a muchas familias en un mundo globalizado, que ofrece teóricamente la satisfacción de todos los deseos al alcance de todo el mundo. La felicidad total casi instantánea, siempre que se paguen al menos cuatro precios: el mantener una fe inquebrantable en las leyes del mercado de la libre competencia; apostar por la ilusión de que existe realmente la igualdad de oportunidades para cualquiera; perseverar sin descanso en el consumo de bienes fácilmente alcanzables; no desfallecer en el esfuerzo continuado de “producir”: en realidad, vender horas de vida laboral para comprar horas de vida de ocio, mientras aumentan los beneficios de las multinacionales. Y en el centro del sistema, la pareja o la familia como estructuras de cohesión social y unidades de consumo.

Pero de nuevo, la introducción nos devuelve a lo que debía ser conclusión y epílogo. Así es la vida, un deambular, un ir y venir, un subir y bajar dentro de esa inasible ley que llaman del eterno retorno.

El caso es que, siendo mayoría de hombres en mi familia de origen, paradójicamente se estableció muy pronto un auténtico matriarcado. Mi abuela materna marcó su impronta durante la primera generación de hermanos. De hecho, yo fui el primero que nació fuera de su casa. Después, mi madre tuvo que coger el toro por los cuernos y empezar a gestionar una verdadera economía de escasez, dentro de una economía de guerra y posguerra: un marido que trabajaba mañana y tarde, y muchas veces de noche, como catedrático oficial, profesor de academia privada y escritor. Y como la economía mueve todo el resto, según la concepción marxista del mundo, pues mi madre también estableció las leyes del hogar y de la convivencia: los horarios, las comidas, el reparto de tareas domésticas entre hermanos y hermanas, lo permitido y lo prohibido, las relaciones con otras familias y con los compañeros del colegio. Y al ser sólo tres hijas, la primogénita, la de en medio y la menor, éstas siempre tuvieron una preferencia emocional, aunque no ventajas materiales, por aquello de que se suele apreciar más lo escaso que lo abundante. Así que el complejo de Edipo y el complejo de Electra estaban bien servidos. Seguro que hubiéramos servido como caso de estudio de psicólogos freudianos ortodoxos.

¿Y qué tiene que ver todo esto con el contenido de este libro? Alto y claro: mi interés desde pequeño por desvelar los secretos del alma humana. Sobre todo del alma humana en relación. ¿Cómo es convivir en una pequeña tribu de doce personas día a día? ¿Cómo se establecen las identidades individuales y cómo se forma el carácter? ¿Qué facilita y qué dificulta la convivencia? ¿Qué es ser hombre y qué es ser mujer en una

familia socialmente atípica, pero culturalmente integrada y psicológicamente funcional según los cánones oficiales? ¿Cómo es salir del matriarcado sin caer en el viejo patriarcado? Ya con cuatro años me sentía observador de mi alrededor, algo retraído, tímido al extremo y, poco a poco, con aficiones “raras”: prefería recoger piedras e investigar sus tripas en lugar de jugar al fútbol; disfrutaba más haciendo una colección de hojas secas que ir al cine; buscaba los arrebatos místicos en las iglesias o en la montaña en vez de participar en los juegos, travesuras y peleas típicas de la infancia.

Y a propósito de peleas, no me gustaba nada competir con mis hermanos cuando nuestra madre nos ponía a combatir de dos en dos, en plan boxeo, para “hacernos fuertes”. Y si no se sabe, no se puede o no se quiere competir físicamente, pero el entorno le fuerza a uno a hacerlo, se buscan otros medios: sobresalir en estudios, aplicación, obediencia, espíritu de sacrificio o, como se llamaba en aquella época, en “santidad”. Pero el mundo, incluso el opresivo mundo del nacionalcatolicismo de la dictadura franquista, tampoco premiaba realmente todos estos valores, salvo que se eligiera la vía del monasterio o del seminario. Y en estos casos, también se obtenía poder. Quizá uno de los más elevados poderes de la época: el mantenimiento de la moral individual y social. Tampoco elegí esta vía, así que sólo encontré la opción de integrarme aparentemente en el sistema educativo, pero considerándome un marginal. Y una de las ventajas de cualquier marginal, si no se convierte en un rebelde sin causa, es que permite una gran distancia emocional para desentrañar los mitos y las trampas de cualquier sistema, de cualquier estructura, y de todo tipo de relación no basada en la autenticidad. Para desvelar contradicciones, encontrar nuevos recursos a viejos problemas y recorrer caminos no trillados.

En este libro aludo a los movimientos de hombres surgidos de la desorientación masculina ante los rápidos cambios producidos en las últimas décadas. En parte, producido por las investigaciones y los avances del movimiento feminista en su largo camino hacia la emancipación de la mujer y de su equiparación con los hombres en dignidad y derechos. Y las preguntas surgen inmediatamente: ¿qué es ser hombre hoy día y cómo puede una mujer incorporarse al mundo laboral o de la política sin dejar de ser ella misma? Al ir profundizando, la consecuencia natural es poner en cuestión, entre otras creencias, la de que existe una sola masculinidad y una sola feminidad o la de que las cualidades masculinas son exclusivas de los hombres y las femeninas de las mujeres. Estas atribuciones más bien parecen construcciones sociales a lo largo de la historia, dependiendo de las visiones del mundo de cada civilización y de cada cultura. Ser hombre o ser mujer, más allá del hecho biológico, quizá tenga que ver más con la distribución de roles y la educación para que éstos sean aceptados conforme a ciertos paradigmas, que a algo inmutable. Simplificando: el macho nace y el hombre se hace; la hembra nace y la mujer se hace. Y en un mundo cada vez más interdependiente y acelerado, es normal que se produzcan choques ideológicos y conflictos individuales, pues lo que está en crisis es la relación entre hombres y mujeres basada en los roles tradicionales.

Naturalmente, no es posible hablar de hombres y de mujeres sin que surja inmediatamente el asunto de estar o no estar en pareja y de las dificultades que conlleva. En este libro, invitamos a mujeres y hombres a ir al fondo, a trascender barreras, corporales, emocionales y mentales, para poder adentrarnos en otras regiones del alma a la que rara vez aluden los estudios de género: la mitología, los arquetipos, los ancestros, los sueños colectivos, los dominios transpersonales y la pareja como vía espiritual.

## INTRODUCCIÓN

Las mujeres ganarían queriendo a los hombres libres. Los hombres ganaríamos dejando ser a las mujeres. Todos saldríamos beneficiados, porque todos nos permitiríamos SER y ser LIBRES. Y el verdadero Ser sólo se construye en libertad, lo mismo que el amor auténtico sólo puede florecer entre seres libres.